En la ausencia de Raúl Chávarri

I. El hombre

Era Raúl Chávarri una especie del vendaval del norte, un vozarrón fuerte y sano, una mente en ebullición, un gran conferencista y profesor universitario, un crítico sagaz a pesar de su benevolencia, un escritor prolífico a vertientes múltiples y un hombre generoso que no sólo era capaz de sacrificar cuando era preciso el dinero trabajosamente ganado, sino también de regalarle su tiempo incluso a quien se lo solicitase a destiempo. Sus puertas no se cerraron jamás a las necesidades ajenas y su curiosidad intelectual fue tan grande como su entrega a su prójimo. Cuando el 19 de marzo de 1984 nos dejó para siempre en ese Madrid suyo en el que había nacido cincuenta y cinco años antes, mi primera impresión fue la de nuestras reuniones amistosas, nuestras exposiciones y nuestras discusiones profesionales iban a parecernos más mortecinas que antes tras esa ausencia definitiva. Yo había tenido a menudo la sensación de que sus días en vez de veinticuatro, tenían cuarenta y ocho o más horas. Comía o cenaba a menudo con sus amigos y viajaba incansablemente; escribía libros, artículos, ensayos; pronunciaba conferencias y dictaba cursos universitarios; trabajaba como funcionario técnico y dirigía revistas especializadas; hacía deporte y era uno de esos conversadores que se convertían, sin proponérselo, en el centro de toda reunión o tertulia. Había quemado sin regateos su vida y, tal vez, esta vertiginosa acumulación de empresas y sensaciones haya sido una de las causas de su muerte, acaecida durante un período de plena madurez creadora. Era como era y nada podía pararlo, pero respiró la vida a pleno pulmón y quiso integrarse de lleno en la realidad viva de su momento histórico y, a poder ser, en la totalidad de sus facetas fundamentales.

La temprana vocación crítica y literaria de Chávarri fue compatible en todo instante con su apasionado amor a la vida en movimiento. Cultivaba todos los deportes, incluido el boxeo, en el que llegó a obtener algunos éxitos en torneos de aficionados. Se interesaba por problemas tan dispares como la organización del mundo sindical y el establecimiento de un contacto permanente entre los más avanzados artistas del mundo de habla española y los corresponsales de prensa extranjera acreditados en Madrid. El Club de Prensa fue el escenario de aquellas inolvidables conferencias, exposiciones y cursos de arte de España y América, que hicieron que muchos corresponsales extranjeros se ocupasen de nuestro arte vivo en sus crónicas y que algunos artistas, venidos de allende los mares, comenzasen a ser conocidos en la Europa continental.

Tras su bachillerato en el Liceo Francés, se licenció Chávarri en Derecho, en Ciencias Políticas y en Periodismo, pero antes de comenzar a preparar sus oposiciones

quiso realizar las prácticas de oficial de la Milicia Universitaria en la legión extranjera y no en uno de los no tan rigurosos regimientos peninsulares. Poco después era ya profesor de la Universidad de Madrid, en donde impartía sus clases con gran acopio de erudición, pero también con gracejo. La clase se continuaba a veces fuera de las aulas y conversaba largamente con sus alumnos sobre su vocación y posibilidades futuras. Era en dicho aspecto un innovador y lo siguió siendo en los cursos que dirigió en la Organización Sindical, en el Instituto de Cultura Hispánica y en diversas instituciones culturales. Todo este quehacer sin pausa define su personalidad en lo que tenía de entrega y de vocación socrática de diálogo y conocimiento, pero no puede dar ni tan siquiera una leve idea de su cordialidad exuberante y de su sensibilidad finísima, escondida bajo una rudeza forzada que contrapesaba precariamente su timidez y su ternura fácilmente vulnerable. Dicha ternura soterrada se derramaba con igual velado pudor sobre los seres vivos, que sobre las ciudades y las cosas que amaba y constituía uno de los secretos de su obra de escritor y de educador. El la encubría con su imaginación inagotable, pero a la postre acababa por aflorar en el momento más impensado y por hacernos entrever durante unos momentos ese ser desprotegido que todos los seres humanos llevamos, en última instancia, dentro de nosotros.

II. La vocación americanista

Somos muchos los españoles que creemos que España no es más que una pequeña provincia dentro de una patria mucho más grande, constituida por todas las naciones de habla española o portuguesa. Chávarri lo creía también con una fe vivísima y a este ideal suyo de Comunidad de las Naciones ibéricas dedicó sus mejores afanes. Para servir a esa vocación trabajó durante toda su vida de funcionario en puestos de alta responsabilidad en el Instituto de Cultura Hispánica, pero no consideró nunca que esa labor oficial fuese suficiente, sino que luchó en otros muchos terrenos para conseguir un mejor conocimiento mutuo entre nuestras patrias hermanas. En varias docenas de viajes a Iberoamérica hizo incontables amigos, dictó cursos universitarios en Santiago de Chile (Universidad Católica), Antofagasta, Arica, Mendoza y Buenos Aires (Universidad Católica). Igualmente, importante fue su valor docente en el Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo para la América Latina, integrado en la Unesco.

Era, además, uno de los escasos escritores españoles que se habían especializado en el arte actual de Iberoamérica, materia a la que dedicó varios centenares de artículos, ensayos y catálogos. Su contacto permanente con los artistas, historiadores y críticos iberoamericanos, le permitió disponer siempre de una bien contrastada información de primera mano y elevarse luego a una visión de síntesis, indispensable ésta última en su manera abierta de concebir la cultura como conocimiento vivo de corrientes confluentes y no como centón de datos eruditos. Fue así Chávarri uno de los escritores españoles que mejor informados se hallaban sobre la realidad viva de Iberoamérica y no tan sólo sobre la artística, sino también sobre la histórica, la literaria, la étnica y la social.

Una de sus mayores ilusiones era difundir su obra en Iberoamérica. Dos de los cuatro más importantes premios literarios que consiguió durante su vida, le fueron concedidos, por unaminidad de los jurados, uno en Buenos Aires a su obra «Fin de semana» y otro en Santiago de Chile a «La playa» y fueron ambos los que con mayor alegría y emoción recibió. Respecto a uno de los otros dos, obtenidos ambos en España, cabe destacar que el «Blasco Ibáñez», de novela, que consiguió en 1982, le fue discernido por una obra de entusiasmos y temática americanistas, cuyo título era «Cuerpo de América». Entre sus obras inéditas —seis novelas, cinco piezas teatrales y varias docenas de relatos— la presencia de Iberoamérica, vista siempre con esa especial clarividencia que tan sólo se obtiene a través del amor, era, asimismo, preponderante.

Esa patria grande que soñó Simón Bolivar y que definió José Vasconcelos y de la que España y Portugal, difusoras de su religión e idiomas mayoritarios, constituyen su provincia oriental y su cabeza de puente en Europa, era el máximo amor de Raúl Chávarri y lo es también el del autor de estas líneas. Una idéntica fe iberoamericanista nos unía en nuestra manera de sentir y de valorar y también la confianza en que cada vez es mayor el número de iberoamericanos y el de peninsulares que tienen plena conciencia de que Iberoamérica y la Península Ibérica constituyen una variante perfectamente diferenciada dentro de nuestra común cultura occidental a la que —en un círculo más amplio— pertenecen también las restantes naciones de la Europa occidental y América y gran parte de Oceanía. En 1966 Chávarri había sido nombrado director de los Cursos de Periodismo del Instituto de Cultura Hispánica y realizó desde esa prestigiosa tribuna una infatigable labor de difusión de esos puntos de vista suyos y fueron muchos los periodistas iberoamericanos y españoles que tomaron en ellos conciencia de algunos de los problemas que nos abruman y de la necesidad de que intentemos resolverlos conjuntamente.

En un momento de profunda desilusión había dicho Simón Bolívar poco antes de su dolorosa muerte que temía que todo cuanto había hecho no hubiera sido otra cosa que arar en el mar. No puede negarse de que dicha frase del Libertador constituye una bellísima imagen literaria, pero a pesar de ello esa fue una de las pocas cosas en las que se equivocó de medio a medio. Ninguna persona que realice una obra de inmenso empeño, exigida, además, por la propia inmanencia de la evolución de la historia, ara jamás en el mar. Que Bolívar aró en tierra fértil y que su semilla fructificó lo prueba la sola existencia de Iberoamérica. No podía él solo, darle cima a su obra, pero sus líneas maestras siguen siendo el ideal que nos acerca día a día a la meta que su genio había previsto. Miles o millones de hombres seguimos luchando en nuestras patrias hermanas para que ese ideal llegue con la madurez de los tiempos a su irrenunciable culminación. Raul Chávarri era uno de esos luchadores y esta constatación es el más hermoso homenaje que le puedo hacer a la autenticidad insobornable de su vida y su obra.

III. Su vinculación a CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

El mismo día que recibimos la noticia de la muerte de Raúl, comentó conmigo el escritor argentino Blas Matamoro, jefe de Redacción de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, que había sido el colaborador que más artículos había publicado en esta prestigiosa y querida revista. No podía ser menos dada la intensidad de su vocación americanista y su vinculación triple a CUADERNOS, al Instituto y a la sala de exposiciones de este último, que tantas obras de artistas iberoamericanos dio a conocer en España y en la que Raúl colaboró íntimamente con Luis González Robles durante todas sus etapas. Era, además, Raúl, una institución en CUADERNOS. El gracejo y la profundidad de su conversación y su profundo interés por todos los problemas del mundo hispánico, hacían que las horas que pasaba en la Redacción de CUADERNOS, se convirtiesen siempre en un interesante intercambio de ideas y sugerencias, enriquecedor para todos cuantos participaban en el diálogo. Esa —la conversación sobre unas vivencias históricas integradas en su propia vida— constituía una parte importante de su magisterio, pero la palabra escrita, la que se objetiva en la revista o en el libro, constituía la parte más perdurable del mismo.

El centenar largo de artículos que publicó en CUADERNOS no se limitó a tratar temas de crítica de arte, sino que, ocasionalmente, tocó algunos otros relacionados casi siempre de una manera directa o indirecta con Iberoamérica. Recuerdo a este respecto un viejo artículo publicado en el número 156 de esta revista (diciembre de 1956), en el que al comentar los «Principios de organización», del norteamericano James D. Mooney, incluye entre las conclusiones que saca de dicho libro una que consideraba en sus diálogos imprescindible para el incipiente desarrollo del mundo de habla ibérica en aquellos años:

«El staff —explicó Raúl en una descripción que era, al mismo tiempo, un deseo— no se constituye como un órgano sustantivo independiente, sino que se articula como una extensión de la personalidad del jefe, y con él sólo se trata de informar, en una organización colectiva, la articulación entre razón y voluntad, que es la forma elemental y necesaria del actuar humano.»

Ese era su ideal para la empresa y para la propia organización del Estado en todas nuestras patrias, ideal que tiene tanta vigencia hoy como cuando Chávarri lo formuló de pasada al dar noticia de un libro importante.

En su nota «Dos antologías de José Martí», publicada en el número 224-225 (agosto-septiembre, 1968), analiza una que recoge algunos artículos de Martí sobre España y otra con varios de los que el héroe cubano le dedicó a los Estados Unidos. Chávarri subraya la vigencia actual del pensamiento de Martí y resume con claro acierto sintético sus notas fundamentales.

En el número 376-378 (octubre-diciembre 1981), dedicado a Juan Ramón Jiménez, destacó Chávarri en su artículo «Juan Ramón Jiménez: Evidencias de una poesía total» hasta qué punto fue el peregrino de Moguer «El poeta de España y América» y recordó al vuelo en una de sus sagaces constataciones que «el Juan Ramón de *Estación total,* ha enseñado a identificar la primavera a los poetas de muchos países subtropi-

cales, en donde la suavidad del clima convierte los períodos del año en algo prácticamente inadvertible».

Entre todos estos artículos dedicados a temas de cultura general y no exclusivamente al arte de nuestros días, considero especialmente importante el que publicó Chávarri en el número 403-405 («Homenaje a José Ortega y Gasset», enero-marzo de 1984), cuya tinta parece no haberse secado todavía en los momentos en los que, recién conocido el fallecimiento de su autor, escribo estas líneas. Su título es «Ortega y América», análisis magistral de la visión orteguiana de Iberoamérica y de sus puntualizaciones a algunas un tanto equívocas interpretaciones europeas de la realidad viva de la América iberohablante. Ese estudio de Chávarri es una insustituible selección de datos fundamentales, todos ellos certeramente comentados e integrados en su contexto histórico.

A pesar de la importancia de los recién citados y de otros ensayos de temática diversa que dio a conocer Chávarri en CUADERNOS, no cabe olvidar que la mayor parte de sus colaboraciones en dicha revista interhispánica se hallan consagrados al arte actual de España y de Iberoamérica. Que le haya dedicado aproximadamente el mismo número de artículos a artistas y tendencias iberoamericanas que el que le dedicó a los españoles, se explica si se tiene en cuenta que, habiéndolos publicado en una revista que se lee por igual a ambos lados del Atlántico, su objetivo doble era informar a los lectores iberoamericanos sobre el arte vivo que se realiza en España y a los españoles sobre el multiforme y variopinto que evoluciona a una velocidad vertiginosa y sin pausas en casi toda Iberoamérica. Entre los dedicados a artistas españoles destacan, en mi opinión, dos de los que escribió sobre Joan Miró, uno en el número 339 (septiembre 1978) y otro en el 369 (marzo, 1981). En el primero de ellos dio Chávarri con la clave que diferencia a Miró de los restantes surrealistas.

«Mientras al surrealismo —afirmó— lo caracteriza un humor negro, cargado de sarcasmo y en el que en el fondo late una inagotable inspiración nihilista, para Miró el humor es algo multicolor, que puede cargarse con las luces más distintas, volverse totalmente azul, en el cuadro en que nos narra cómo una mano intenta atrapar a un pájaro, o convocar a todos o cada uno de los colores del espectro.»

El segundo es una deliciosa carta abierta a un niño de tres años («Carta a Jesús Requena, para acercarle a un cuadro de Joan Miró»), en el que hace ver todo lo que a su edad puede descubrir y cuánto gozo puede hallar ese niño, cualquier niño, en un cuadro del maestro.

Muy interesante es también su visión del realismo y del hiperrealismo español en el número 393 (septiembre 1982), en la que incluye un análisis de variantes bien diferenciadas, dos de las cuales encabeza justamente con dos hispanoamericanos residentes en España: con el cubano Juan Adriensens la «de campo limitado» y con el uruguayo Glauco Capozzoli la neosurrealista-historicista. De este último pintor, afirma sagazmente «que parece ofrecernos imágenes que se agitan y se estremecen en el mundo transfigurado de lo histórico y a este respecto intemporaliza su visión pictórica mediante detalles que remiten sus figuras a un tiempo indeciso, lejano a toda cronología».

Entre los estudios dedicados a arte iberoamericano, considero los más destacables

los titulados «Pintores iberoamericanos frente al arte de mañana» (número 289-290, julio-agosto, 1974), «Barcala: El viaje hacia la eterna juventud» (número 314-315, agosto-septiembre 1976) y «Elsa Soibelman: Trayectoria de una pintora argentina» (número 349, julio 1979). En el primero analiza con gran precisión y riqueza crítica e idiomática algunas de las tendencias del arte iberoamericano de los últimos veinte años, en especial, las relacionadas con el pop-art, el cinetismo y el espaciovibracionismo. En el segundo recuerda en una visión originalísima la confluencia que en la obra del uruguayo Washington Barcala se da entre las corrientes herederas del espacialismo de Fontana, las que utilizan con intención expresivo-psicológica las conquistas de la abstracción y su establecimiento personal de «las posibilidades de utilización plástica del material para definir con energía y elocuencia pictórica un territorio fronterizo en el que concluye la pintura y se anuncian los comienzos del trabajo escultórico». En el tercero desvela sutilmente esa mezcla de finura, ironía y fervor que se da en la obra difícil y matizadísima de Elsa, una de las mujeres que más ternura femenina ha aportado a su versión personalísima del pop-art. Podría multiplicar los ejemplos de estos estudios artísticos que publicó Chávarri en Cuadernos, pero este pequeño muestrario parece suficiente dejar constancia de hasta qué punto era iluminadora su crítica y de la misión aproximativa a la que la dedicaba.

IV. Los libros de su autoría y mi recuerdo emocionado

Ya hemos dicho que Chávarri fue un escritor prolífico. Sus recién recordadas colaboraciones en CUADERNOS HISPANOAMERICANOS bastan para probarlo, pero a ello hay que añadir, como aportación importante a la bibliografía española, que publicó más de treinta libros, dedicados todos ellos a temas de candente actualidad sindical, jurídica, literaria o artística. Entre los de esta última temática es preciso hacer constar que muy a menudo utilizaba Chávarri un tema monográfico para, sin desdeñar el estudio pormenorizado de la obra elegida, utilizarla, asimismo, como punto de partida para una concepción global de la tendencia en la que el artista que le daba título al libro se hallaba inmerso. Así acaece, por ejemplo, en su importante estudio «Antonio Agudo y el realismo de los años setenta», editado en 1974 por los «Cursos de Información y Documentación para Periodistas Iberoamericanos», del Instituto de Cultura Hispánica. No sólo es el mejor texto hasta ahora existente sobre el pintor estudiado, sino que incluye también una historia breve del realismo español y contemporáneo y del de otras naciones occidentales, con especial atención a la experiencia norteamericana del nuevo realismo.

En dicho libro diferenció, además, con un preciso análisis las diversas variantes de esa compleja tendencia, deshaciendo la confusión existente en torno a sus orígenes y objetivos polivalentes.

En otro de sus libros, su insustitutible «Diccionario de artistas españolas contemporáneas», editado por la Sala Gavar en 1976, le bastan, muy a menudo, a Chávarri cuatro o cinco líneas, intercaladas entre sus análisis y sus bien confrontados datos, para captar lo esencial de la artista estudiada. Así sucede, por ejemplo, cuando al

describir la pintura de María Angeles de Armas nos dice que su obra «oscila entre la figuración y el neosimbolismo, desarrollando a través de sus cuadros una teoría muy dilatada de la incomunicación, la soledad y la frustación del ser humano». En Elena Assins, subraya que aspira a realizar «una pintura cada vez más sencilla» y que «en este horizonte, línea, espacio y forma adquieren para la artista, resultados casi siempre integrados y concurrentes...». En María Carrera da en la diana de su esencialidad cuando hace notar al paso que «Su glosa de la vida y de la muerte a través de un lenguaje de símbolos muy herméticos, hace de ella la creadora de una visión ultrarrealista de la vida cotidiana». En Gloria Merino destaca su «sutil mezcla de colorismo, popularismo y dominio de los géneros tradicionales desde un prisma muy definido...» y en Pilar de la Vega, escultora y pintora, recalca que sus notas más significativas se relacionan con sus «experimentos de modulación y de integración modular» y con sus «búsquedas de nuevas formas compositivas», en tanto a Hortensia Núñez Lavedeze (también escultora y pintora) la caracteriza en el último párrafo que le dedica, asumiendo el riesgo de afirmar que «es una de las figuras más importantes de la escultura moderna...» y que «ha seguido un camino sin vacilaciones, lleno de regularidad y progresivo dominio de un lenguaje de formas, planteado desde un principio y revisado en cada momento».

Es imposible en el espacio de que dispongo recordar todos los libros de Raúl Chávarri, pero merece una especial mención «La pintura española actual», extenso volumen de 450 páginas en tamaño folio, editado por Ibérica-Europea de Ediciones en 1973. Hay en dicha investigación un análisis de tendencias y aspiraciones y una catalogación original en la que se atiende, como debe ser, más al sentido de la obra y a su voluntad de expresión formal, que a los procedimientos, materiales y técnicas. Chávarri eligió en la estructura de su libro el camino más arriesgado, pero, por ello mismo, fueron mayores su eficacia y la clarificación aportada. Es un libro de consulta imprescindible para quien quiera hallarse bien informado sobre las tendencias y artistas cruciales de nuestra pintura durante los dos o tres decenios inmediatamente anteriores a su publicación y se caracteriza por la precisión y seriedad de las valoraciones y por su seguro sentido crítico.

Este hombre que tanto hizo y que tanto hubiera podido hacer en años venideros no está ya entre nosotros. El arte vivo ha perdido a uno de sus animadores más eficaces y quienes compartíamos sus preocupaciones y sus ilusiones a un amigo entrañable, dispuesto siempre a escuchar y a tenderle su mano a quien lo necesitase. Nadie podrá llenar el hueco que deja en nuestras propias vidas, en nuestro mundo artístico y en esta revista en la que tantas y tan importantes páginas escribió durante sus años más fecundos. La mejor manera de ser fieles a su memoria tiene que ser seguir luchando por sus mismos ideales y recordar siempre que Iberoamérica es, tal como Raúl afirmaba, la otra patria de todos los españoles y que todo cuanto podamos hacer por ella es tan importante como lo que hagamos por esta vieja España nuestra, que es también carne y sangre de América.

CARLOS AREAN
Marcenado, 33.
MADRID.